

INTRODUCCIÓN

El 20 de diciembre me enteré de que todo estaba decidido y de que me había convertido en director de *El Ciudadano*. Ese acontecimiento extraordinario –al menos para mí (no quiero ofender a nadie)– se produjo de forma bastante sencilla. El 20 de diciembre, a la sazón, estaba leyendo un artículo en *Novedades de Moscú* sobre el enlace matrimonial del emperador de la China; el artículo en cuestión me causó una profunda impresión. Ese acontecimiento grandioso y, por lo visto, extremadamente complejo se había desarrollado también con sorprendente sencillez: hasta el menor detalle había sido sopesado y analizado hacía mil años en un ceremonial de casi doscientos tomos. Al comparar la grandeza del acontecimiento chino con mi nombramiento como director, sentí una repentina ingratitud por las prácticas de nuestra patria, a pesar de la facilidad con que mi nombramiento había sido confirmado, y me dije que nos sería incomparablemente más ventajoso (me refiero al príncipe Mescherski¹ y a mí) editar *El Ciudadano* en China que aquí. Allí está todo tan claro... El día señalado ambos nos habríamos presentado en la Dirección General para Asuntos de la Prensa del país. Después de golpear el suelo con la frente y de lamerlo con la lengua, nos habríamos incorporado con el índice levantado y la cabeza inclinada en señal de respeto. Naturalmente, el director general de asuntos de prensa habría fingido no prestarnos más atención que a una mosca que pasa volando. Pero el tercer ayudante del tercer secretario se habría puesto en pie y, con la notificación de mi nombra-

¹ Propietario de la revista conservadora *El Ciudadano*, donde Dostoievski publicaba la sección del *Diario de un escritor* y de la que se convirtió en director en 1873. [Esta nota, como las siguientes, salvo que se indique lo contrario, es del traductor.]

miento de director en la mano, habría pronunciado con voz imponente y a la vez amistosa las instrucciones previstas en el ceremonial, tan claras y comprensibles que para ambos sería un inmenso placer escucharlas. De haber estado en China y haber sido tan estúpido y noble de corazón para reconocer, al asumir el cargo de director, mi falta de capacidad y sentir miedo y remordimientos de conciencia, en seguida me habrían demostrado que era doblemente estúpido por albergar tales sentimientos y que, a partir de ese momento, no necesitaba la inteligencia para nada, suponiendo que la tuviera: al contrario, sería mucho mejor que careciera de ella. Y, sin duda, habría sido muy agradable escuchar tales razones, que habrían concluido con estas bellas palabras: «Vete, director. A partir de ahora puedes comer tu arroz y beber tu té con renovada tranquilidad de conciencia». El tercer ayudante del tercer secretario me habría entregado un hermoso diploma impreso en letras de oro sobre raso carmesí. El príncipe Mescherski le habría deslizado una generosa propina y ambos habríamos regresado a casa y habríamos editado, sin pérdida de tiempo, un número magnífico de *El Ciudadano*, un número como jamás publicaremos aquí. En China habríamos editado una publicación excelente.

No obstante, sospecho que en China el príncipe Mescherski me habría jugado una mala pasada al invitarme a asumir la dirección, pues lo habría hecho principalmente para que acudiera en su lugar a la Dirección General de Asuntos de Prensa cada vez que le convocaran para golpearle las plantas de los pies con varas de bambú. Pero yo también se la habría jugado a él: habría interrumpido al punto la publicación de *Bismarck*² y me habría puesto a escribir artículos tan excelentes que sólo me convocarían para golpearme con varas de bambú un número de cada dos. De ese modo aprendería a escribir.

En China habría escrito excelentes artículos; aquí esa tarea es bastante más difícil. Allí todo ha sido previsto y planificado con mil años de antelación; aquí todo está patas arriba desde hace mil años. Allí no tendría más alternativa que escribir de modo comprensible, así que no sé quién iba a leerme. Aquí, si quieres que la gente te lea, vale más que escri-

² Novela satírica del príncipe Mescherski.

bas de modo incomprensible. Sólo en *Novedades de Moscú* los editoriales están escritos a columna y media y, para nuestra sorpresa, son comprensibles, incluso cuando se deben a una pluma conocida. En *La Voz* ocupan ocho, diez, doce e incluso trece columnas. He ahí una muestra de las columnas que se necesitan en nuestro país para ganarse el respeto.

En Rusia hablar con los demás se ha convertido en una ciencia; a primera vista se diría que es como en China: tanto allí como aquí hay varios procedimientos muy simples y puramente técnicos. Antaño, por ejemplo, las palabras «no entiendo nada» significaban únicamente que la persona que las pronunciaba era tonta; ahora representan un gran honor. Basta declarar con franqueza y orgullo: «No entiendo la religión, no entiendo nada en Rusia, no entiendo absolutamente nada de arte», para que al momento os pongan por las nubes, algo especialmente ventajoso si de verdad no entendéis nada.

Pero ese procedimiento simplificado no prueba nada. En el fondo, cada uno de nosotros, sin pararse mucho a reflexionar, sospecha que los demás son tontos, y ni siquiera se pregunta: «¿No seré yo el tonto?». Es una situación que debería dejar satisfecho a todo el mundo y, sin embargo, nadie está satisfecho, todos están enfadados. En realidad, la reflexión se ha vuelto casi imposible en nuestra época: cuesta demasiado. Cierto que pueden comprarse ideas prefabricadas. Se venden por doquier, incluso se dan de balde; pero las de balde acaban saliendo más caras, y la gente empieza a darse cuenta. Resultado: ningún beneficio y el mismo desorden de siempre.

Probablemente estemos como en China, pero sin su orden. Apenas estamos iniciando el proceso que en China ya ha concluido. No cabe duda de que alcanzaremos el mismo fin, pero ¿cuándo? Para adoptar los mil tomos del ceremonial y de ese modo ganarnos el derecho, de una vez por todas, a no reflexionar en nada, necesitamos pasarnos al menos mil años más reflexionando. ¿Y qué es lo que pasa? Que nadie hace nada para acortar ese plazo, porque nadie quiere tomarse la molestia de reflexionar.

Podría parecer que el hecho de que nadie quiera tomarse la molestia de reflexionar debería facilitar la tarea del escritor ruso. Y así es, en efecto. ¡Y ay del escritor y del editor que se pongan a reflexionar en los tiempos que corren! Y dos veces ay de quien pretenda aprender y com-

prender; y nadie más desdichado que quien lo confiese sinceramente; y si además declara que ha comprendido algunas cosas y desea expresar su pensamiento, todos se apresuran a volverle la espalda. Lo único que puede hacer ese hombre es buscar un interlocutor adecuado, o incluso contratarlo, y no conversar más que con él. Podría publicar una revista sólo para esa persona. Es una situación detestable, ya que es como hablar con uno mismo y publicar una revista por placer personal. Tengo la firme sospecha de que *El Ciudadano* tendrá que hablar consigo mismo durante mucho tiempo y por su propio placer. Dado que la medicina enseña que hablar con uno mismo denota predisposición a la locura, es de todo punto necesario que *El Ciudadano* hable a los ciudadanos; ¡en eso consiste su desgracia!

Ésa es la empresa en la que me he embarcado. Mi posición no puede ser más incierta. Pero me hablaré a mí mismo y por mi propio placer, bajo la forma de este diario, y ya veremos lo que sale. ¿De qué voy a hablar? De todo lo que me llame la atención o me haga reflexionar. Y si encuentro un lector y, no lo quiera Dios, un oponente, entiendo que debo ser capaz de conversar y saber con quién y cómo hablar. Me esforzaré por aprender esa habilidad porque en nuestro ámbito, es decir, en la literatura, es lo más difícil. Además, hay muchas clases de oponentes: no con todos puede uno entablar conversación. Voy a contar una fábula que escuché hace unos días. Dicen que es una fábula antigua, acaso de origen hindú, lo que es muy reconfortante.

Érase una vez un cerdo que discutió con un león y lo desafió a duelo. Una vez en casa, recapacitó y le entró miedo. Reunida toda la piara, examinó el asunto y tomó la siguiente decisión:

—Mira, cerdo, no lejos de aquí hay una charca; vete allá, revuélcate bien y preséntate en el lugar del duelo. Ya verás lo que pasa.

El cerdo hizo lo que le dijeron. Llegó el león, lo olisqueó, frunció el ceño y se marchó. Mucho tiempo después el cerdo seguía jactándose de que el león se había acobardado y había abandonado el campo de batalla.

Ésa es la fábula. Naturalmente, en nuestro país no hay leones, pues el clima no lo permite; además, son demasiado majestuosos. Pero la moraleja no cambia si en lugar del león ponemos a un hombre honrado (y tal debe ser la obligación de cada uno de nosotros).

A ese respecto, me gustaría contar una historia.

En una ocasión, hablando con el difunto Herzen, dediqué encendidos elogios a una obra suya, *Desde la otra orilla*. Para gran satisfacción mía, Mijaíl Petróvich Pogodin³ alabó también ese libro en su excelente e interesantísimo artículo sobre su encuentro con Herzen en el extranjero. Ese libro está escrito en forma de diálogo entre el autor y su oponente.

—Lo que más me ha gustado —observé entre otras cosas— es que su contrincante también es muy inteligente. Reconozca que en muchos casos le pone a usted entre la espada y la pared.

—En eso consiste la gracia —dijo Herzen, echándose a reír—. Voy a contarle una anécdota. Un día, estando en San Petersburgo, Belinski me llevó a su casa y me leyó un artículo que había escrito con mucho acaloramiento: «Conversación entre el señor A. y el señor B.» (figura en sus *Obras completas*). En ese artículo el señor A., es decir, el propio Belinski, hace gala de una gran inteligencia, mientras el señor B., su oponente, se muestra bastante limitado. Cuando concluyó la lectura, me preguntó con febril impaciencia:

»—Bueno, ¿qué le parece?

»—Está bien, muy bien, y se ve que eres muy inteligente, pero no acabo de entender por qué pierdes el tiempo con semejante imbécil.

»Belinski se dejó caer en el sofá, hundió el rostro en un almohadón y gritó, riendo con todas sus fuerzas:

»—¡Tocado! ¡Tocado!

II GENTE DE ANTAÑO

Esa anécdota sobre Belinski me trae a la memoria mis primeros pasos en el mundo de la literatura, Dios sabe hace cuántos años; para mí fue una época triste y fatídica. Me acuerdo particularmente de Belinski, tal como era cuando lo conocí y me acogió. En estos días me acuerdo con

³ Mijaíl Petróvich Pogodin (1800-1875), profesor de la Universidad de Moscú, historiador y articulista de opiniones conservadoras y nacionalistas.

frecuencia de la gente de antaño, seguramente porque me encuentro con gente nueva. Belinski es la personalidad más arrebatada que he conocido en el curso de mi vida. Herzen era muy diferente: era un producto de nuestra nobleza, *gentilhomme russe et citoyen du monde* ante todo, un tipo que sólo ha aparecido en Rusia y que sólo en Rusia podía aparecer. Herzen no emigró, no inauguró la emigración rusa; no, simplemente era un emigrante de nacimiento. En nuestro país, todos los de su círculo son emigrantes natos, aunque la mayoría de ellos no ha salido de Rusia. En los ciento cincuenta años de vida de la nobleza rusa, se han secado –con muy pocas excepciones– las últimas raíces y se han roto los últimos vínculos que la ligaban al suelo ruso y a la verdad rusa. Se diría que Herzen estaba predestinado por la historia para encarnar con su personalidad ardiente esa ruptura con el pueblo de la inmensa mayoría de nuestras clases educadas. En ese sentido, es una personalidad histórica. Al separarse del pueblo, naturalmente perdieron también a Dios. Los más inquietos se hicieron ateos; los más indolentes y apáticos, indiferentes. Por el pueblo ruso sólo sentían desprecio, aunque al mismo tiempo se figuraban y creían que lo amaban y que deseaban lo mejor para él. Lo amaban de una manera negativa, imaginándose en su lugar un pueblo ideal: el pueblo ruso tal como debía ser, según sus concepciones. Muchos representantes destacados de esa mayoría llegaron a la conclusión, sin pararse apenas a reflexionar, de que el populacho parisino de 1793 encarnaba ese pueblo ideal. Tal era el ideal más seductor de pueblo en aquel entonces. Naturalmente, Herzen tenía que hacerse socialista, y precisamente a la manera de un retoño de la nobleza rusa, es decir, sin ninguna necesidad y sin ningún objeto, por una simple «corriente lógica de ideas» y por el vacío que sentía en el corazón cuando estaba en Rusia. Renunció a las bases de la sociedad de antaño; renegó de la familia y fue, por lo visto, un buen padre y esposo. Rechazó la propiedad privada, pero, entre tanto, se las ingenió para poner en orden sus asuntos y estaba encantado de la independencia económica de que gozaba en el extranjero. Ponía en marcha revoluciones e incitaba a otros, pero al mismo tiempo disfrutaba de las comodidades y de la serena vida familiar. Era un artista, un pensador, un escritor brillante, un hombre extraordinariamente culto e inge-

nioso, un conversador deslumbrante (hablaba incluso mejor de lo que escribía), con una maravillosa capacidad de reflexión. La reflexión, en cuanto capacidad de objetivar los sentimientos más profundos, ponerlos delante, rendirles tributo y, al cabo de un instante, llegado el caso, burlarse de ellos, estaba desarrollada en él en grado sumo. Sin duda, era un hombre fuera de lo común; pero hiciera lo que hiciera –ya escribiese sus memorias, publicase una revista con Proudhon o se encaramara a las barricadas de París (acontecimiento descrito con tintes cómicos en sus memorias); ya sufriera, se alegrara o dudara; ya enviara a Rusia en 1863, para complacer a los polacos, su llamamiento a los revolucionarios rusos, a pesar de que no creía en los polacos, de que sabía que lo habían engañado y de que estaba seguro de que su llamamiento causaría la perdición de centenares de esos desdichados jóvenes; ya confesase todo eso, con inaudita ingenuidad, en uno de sus últimos artículos, sin sospechar siquiera en qué posición quedaba después de ese reconocimiento: siempre, en cualquier lugar y a lo largo de toda su vida–, fue ante todo un *gentilhomme russe et citoyen du monde*, un simple producto del antiguo régimen de servidumbre, que odiaba y al que pertenecía no sólo por su origen, sino también por su ruptura con la tierra natal y sus ideales. Belinski, por el contrario, no tenía nada de *gentilhomme*. Nada de nada. (Descendía Dios sabe de quién. Según creo, su padre era médico militar.)

Belinski fue ante todo una personalidad no reflexiva, un entusiasta sin reservas: y eso siempre, a lo largo de toda su vida. Mi primer relato, *Pobres gentes*, le fascinó (luego, casi un año después, discutimos por diversas razones, todas ellas bastante insignificantes); pero entonces, en los primeros tiempos de nuestra relación, se ligó a mí con todo su corazón y se esforzó por convertirme a su fe con la más cándida precipitación. No exagero lo más mínimo su ardiente inclinación por mí, al menos en los primeros meses de nuestra relación. Encontré en él a un socialista apasionado y empezó a hablarme de sopetón del ateísmo. Me parece un rasgo muy significativo, que revela su asombrosa intuición y su extraordinaria capacidad para empaparse completamente de una idea. La Internacional iniciaba uno de sus llamamientos –hará cosa de un par de años– precisamente con esta significativa declaración: «Somos, ante todo, una aso-

ciación atea». Es decir, empezaba por lo esencial; así empezó también Belinski. Valoraba por encima de todo la razón, la ciencia y el realismo, pero al mismo tiempo comprendía mejor que nadie que, por sí solos, la razón, la ciencia y el realismo sólo podían crear un hormiguero, no una «armonía» social en la que los hombres pudieran fundar su vida. Sabía que la base de todo son los principios morales. Su fe en los nuevos principios morales del socialismo (que hasta la fecha, sin embargo, no han dado más frutos que abominables deformaciones de la naturaleza y del sentido común) rayaba en la locura y estaba exenta de toda reflexión; en su actitud no había más que entusiasmo. Pero, como buen socialista, su principal objetivo consistía en derrostrar al cristianismo; sabía que la revolución debía empezar indefectiblemente por el ateísmo. Tenía que derrostrar esa religión de la que procedían los fundamentos morales de la sociedad que rechazaba. Renegaba radicalmente de la familia, de la propiedad privada, de la responsabilidad moral del individuo (al tiempo que era un buen marido y padre, como Herzen). Sin duda comprendía que, al negar la responsabilidad moral del individuo, estaba negando también su libertad; pero creía con toda su alma (de forma mucho más ciega que Herzen, quien, por lo visto, al final albergó algunas dudas) que el socialismo no sólo no destruiría la libertad individual, sino que, por el contrario, la restauraría en unas proporciones desconocidas, pero sobre una base nueva y adamantina.

Quedaba, sin embargo, la resplandeciente personalidad de Cristo, con la que resultaba más difícil lidiar. Como socialista, estaba obligado a destruir la enseñanza de Cristo y calificarla de falaz e ignorante filantropía, condenada por la ciencia contemporánea y los principios económicos; pero, en cualquier caso, quedaba el rostro radiante del Hombre-Dios, su inaccesible altura moral, su prodigiosa y milagrosa belleza. Pero en su continua e inextinguible exaltación, Belinski no se detuvo ni siquiera delante de ese obstáculo insuperable, como hizo Renan, que en su irreligiosa *Vie de Jésus*, proclama que Cristo sigue siendo un ideal de belleza humana, un modelo inalcanzable que jamás volverá a repetirse en el futuro.

—¿No sabe usted —chillaba una tarde, dirigiéndose a mí (a veces, cuando se exaltaba mucho, chillaba)—, no sabe usted que no se pueden

tener en cuenta los pecados de un hombre, cargarle de deberes y obligarle a ofrecer la otra mejilla cuando la estructura de la sociedad es tan injusta que ese hombre está obligado a delinquir, cuando es empujado al crimen por factores económicos? ¿No comprende usted que es absurdo y cruel exigirle lo que las leyes de la naturaleza le impiden cumplir, aunque quiera...?

Esa tarde no estábamos solos; participaba en la conversación un amigo de Belinski al que respetaba mucho y cuyo consejo escuchaba; también nos acompañaba un jovencito, que acababa de dar sus primeros pasos en el mundo de la literatura y que con el correr del tiempo ha alcanzado notoriedad⁴.

—Sólo verlo me conmueve —dijo de pronto Belinski, interrumpiendo sus acaloradas exclamaciones, dirigiéndose a su amigo y señalándome—. Cada vez que menciono a Cristo, su rostro cambia, como si fuera a echarse a llorar... Pero créame, hombre ingenuo —añadió, atacándome de nuevo—, si su Cristo naciera en los tiempos que corren, sería el hombre más corriente e insignificante. Quedaría completamente eclipsado por la ciencia moderna y los actuales promotores de la humanidad.

—¡No-o! —exclamó el amigo de Belinski. (Recuerdo que, mientras nosotros estábamos sentados, él se paseaba arriba y abajo por la habitación)—. No; si Cristo apareciera ahora, se adheriría al movimiento y se pondría a su cabeza.

—Así es, así es —asintió Belinski de pronto, con sorprendente premura—. Se uniría a los socialistas y los seguiría.

Esos promotores de la humanidad, a los que Cristo estaba obligado a unirse, eran todos franceses. A la cabeza estaba George Sand y a continuación venían el hoy totalmente olvidado Cabet, Pierre Leroux y Proudhon, que en aquel entonces acababa de iniciar su actividad. Si no recuerdo mal, son a esos cuatro a los que Belinski respetaba más. Hacía tiempo que Fourier no gozaba de tanta estimación. Belinski hablaba de esos cuatro durante tardes enteras. Había también un alemán al que

⁴ Probablemente el amigo es Vasili P. Botkin (1811-1869), escritor y crítico, y el jovencito Iván S. Turguénev.

tenía en alta estima: Feuerbach (Belinski, que en toda su vida fue incapaz de aprender una sola lengua extranjera, pronunciaba «Fierbach»). De Strauss hablaba con veneración.

Con tal ardiente fe en su idea, se entiende que era el más feliz de los hombres. Quienes escribieron más tarde que, de haber vivido más tiempo, se habría unido a los eslavófilos se equivocan. Jamás se habría hecho eslavófilo. Tal vez habría acabado emigrando, si hubiera vivido más tiempo y hubiera dispuesto de la oportunidad, y ahora sería un viejecito entusiasta, con la ardiente fe de antaño, inasequible a las dudas, que iría de congreso en congreso, en Alemania y Suiza, o bien se habría pegado en calidad de ayudante de alguna madame Högg⁵ alemana, y se habría convertido en recadero de alguna cuestión femenina.

Ese hombre felicísimo, dotado de una tranquilidad de conciencia tan notable, a veces se dejaba ganar por la melancolía; pero su tristeza era de una clase especial; no estaba motivada por las dudas o el desencanto, no, sino por esta cuestión: ¿por qué no hoy? ¿Por qué no mañana? Era el hombre más apresurado de toda Rusia. Una vez me lo encontré, a eso de las tres de la tarde, junto a la iglesia de la Aparición de la Virgen. Me dijo que había salido a dar un paseo y que iba de vuelta a casa.

—Vengo a menudo por aquí para ver cómo van las obras. —(En aquella época se estaba construyendo la estación de ferrocarril de Nicolás)—. Mi corazón se siente algo aliviado cuando paso aquí un rato contemplando los trabajos: por fin vamos a tener un ferrocarril. No puede usted imaginarse cuánto me conforta a veces esa idea.

Lo dijo con calor y sinceridad. Belinski nunca se daba aires. Seguimos andando juntos. Recuerdo que me dijo por el camino:

—Sólo cuando me hayan enterrado —(sabía que tenía tuberculosis)—, reflexionarán y se darán cuenta del hombre al que han perdido.

Durante el último año de su vida apenas fui a verlo. Me había cogido manía, aunque yo aceptada apasionadamente todas sus enseñanzas. Un año más tarde, ya en Tobolsk, mientras, encerrados en una prisión

⁵ Feminista apasionada y directora en Ginebra de una institución moderna de enseñanza para jovencitas.

de tránsito, esperábamos la suerte que nos aguardaba, las mujeres de los decembristas⁶ persuadieron al inspector de la cárcel para que les dejara organizar una entrevista secreta con nosotros en sus dependencias. Vimos a esas grandes mártires, que habían seguido voluntariamente a sus maridos a Siberia. Lo habían dejado todo: posición, riqueza, vínculos y familiares; lo habían sacrificado todo en aras del más sublime deber moral, el deber más libre que pueda haber. Sin haber cometido culpa alguna, durante veinticinco largos años soportaron todo lo que soportaron sus maridos condenados. Nuestra entrevista se prolongó una hora. Nos dieron la bendición para nuestro nuevo camino, hicieron sobre nosotros la señal de la cruz, nos ofrecieron sendos Evangelios, el único libro que estaba permitido en el penal. Cuatro años estuvo ese Evangelio debajo de mi almohada en el penal. A veces lo leía y se lo leía a los demás. Con su ayuda enseñé a leer a un presidiario. Me rodeaban esas personas que, según las creencias de Belinski, *no podían* dejar de delinquir, y que, por consiguiente, tenían razón, pero eran más desdichadas que el común de los mortales. Sabía que el pueblo ruso en su conjunto nos llamaba también «desdichados», y escuché ese término muchas veces y de múltiples labios. Pero se trataba de otra cosa, de algo muy distinto de lo que decía Belinski y de lo que se oye ahora, por ejemplo, en algunos veredictos de nuestros jurados. En la palabra «desdichado» y en el veredicto del pueblo latía una idea muy distinta. Cuatro años de presidio son una larga escuela; tuve tiempo de convencerme... Y es precisamente de eso de lo que me gustaría hablar ahora.

III EL MEDIO

Considero que un sentimiento común a los jurados de todo el mundo, y a los nuestros en particular (entre otros sentimientos, se entiende),

⁶ Grupo de jóvenes oficiales e intelectuales pertenecientes a la nobleza que en diciembre de 1825 trataron de instaurar una monarquía constitucional. Fueron duramente represaliados por Nicolás I. Algunos fueron ajusticiados y otros enviados a Siberia; las mujeres de varios de ellos los siguieron voluntariamente al destierro.

debe ser el sentimiento de poder, o mejor dicho, de poder absoluto. Puede ser un sentimiento repugnante, al menos cuando se impone a los demás. Pero aunque no domine, aunque esté sofocado por diversas emociones más nobles, ese sentimiento debe reforzarse en el corazón de cada jurado, incluso cuando sea plenamente consciente de su deber cívico. Supongo que, en cierto modo, es una consecuencia de las leyes mismas de la naturaleza. Por eso, recuerdo cómo se aguzó mi curiosidad, al menos en un sentido, cuando se instituyó el nuevo (y verdadero) sistema judicial. En mis ensoñaciones me imaginaba audiencias en las que casi todos los jurados serían, por ejemplo, campesinos, que hasta el día de ayer habían sido siervos. El fiscal y los abogados se dirigirían a ellos, tratando de ganarse su favor y observándolos con el rabillo del ojo, mientras nuestros mujiks, sentados en silencio, pensarían para sus adentros: «Si ahora se me antoja, lo absuelvo; y si no, lo mando a Siberia».

Por eso me parece tan notable, en los tiempos que corren, que, en lugar de condenar, se absuelva a casi a todo el mundo. También es ésa una manera de ejercer el poder, e incluso de abusar de él, pero en un solo sentido, tal vez sentimental, no sabría decirlo. Pero se trata de una tendencia general, casi preconcebida, como si todos se hubieran puesto de acuerdo. La unanimidad de esa «tendencia» no ofrece ninguna duda. Lo sorprendente es que esa manía de absolver cueste lo que cueste no es exclusiva de los campesinos, antaño humillados y ofendidos, sino que se ha apoderado de todos los jurados rusos, incluso de los de extracción más alta, como nobles y catedráticos de universidad. La unanimidad de esa tendencia constituye en sí misma un tema de reflexión de lo más curioso y sugiere las conjeturas más variopintas e incluso extrañas.

Hace poco, uno de nuestros diarios más influyentes publicaba un artículo muy modesto y bienintencionado en el que se aludía de pasada a la siguiente hipótesis: ¿no se sentirán inclinados nuestros jurados, como hombres que de pronto, y sin saber muy bien cómo, se sienten investidos de semejante poder (como caído del cielo), y eso después de tantos siglos humillación y apocamiento; no se sentirán inclinados a fastidiar a las «autoridades», por ejemplo al fiscal, cada vez que se presenta

la ocasión, simplemente por placer o, por decirlo de algún modo, por cortar con el pasado? Es una hipótesis nada desdeñable, y, además, no desprovista de ingenio, pero que, naturalmente, no permite explicarlo todo.

«Simplemente nos da pena destruir la vida de otra persona; también son seres humanos. Los rusos somos compasivos», tal es la conclusión que he oído algunas veces.

No obstante, siempre he pensado que en Inglaterra, por ejemplo, el pueblo también es compasivo; y, aunque carecen, por así decir, de la blandura de corazón de los rusos, al menos tienen humanidad, así como conciencia y un vivo sentimiento del deber cristiano con el prójimo, quizá llevado al más alto grado, hasta una convicción firme e independiente; quizá incluso más firme que entre nosotros, teniendo en cuenta el grado de instrucción de ese país y su secular independencia de juicio. Allí semejante poder no les ha caído como «llovido del cielo». De hecho, fueron ellos quienes inventaron la institución del jurado; no la tomaron de nadie, la consolidaron durante siglos, la extrajeron de la vida misma y no la recibieron como un simple regalo.

Y sin embargo, cualquier jurado inglés comprende que, en cuanto ocupa su lugar en la sala de audiencias, ya no es sólo un hombre sensible, de buen corazón, sino ante todo un ciudadano. Hasta llega a pensar (con razón o sin ella) que el cumplimiento de su deber de ciudadano está por encima de cualquier victoria personal del corazón. No hace mucho la absolución de un ladrón inveterado levantó un clamor general en todo el reino. Esa reacción generalizada demuestra que, si bien veredictos como los nuestros son también posibles en ese país, se producen rara vez, como casos excepcionales, que despiertan inmediatamente la indignación de la opinión pública. Allí cualquier jurado comprende ante todo que tiene en sus manos la enseña de toda Inglaterra, que ha dejado de ser un particular y que está obligado a representar la opinión de su país. La capacidad de convertirse en ciudadano lleva aparejada también la capacidad de elevarse al nivel de la opinión de todo el país. Ah, también allí hay veredictos «compasivos» y se tiene en consideración «la influencia corruptora del medio» (nuestra doctrina favorita en la actualidad, a lo que parece), pero hasta cier-

tos límites, hasta donde lo permite el sentido común del país y su grado de instrucción y moralidad cristiana (bastante elevado, por lo visto). Por eso, con bastante frecuencia, el jurado inglés, con gran dolor de su corazón, pronuncia veredictos condenatorios, consciente de que su deber, ante todo, consiste principalmente en testimoniar, mediante su veredicto y ante todos sus conciudadanos, que en la vieja Inglaterra, por la que cada uno de ellos está dispuesto a dar su sangre, el vicio no ha dejado de llamarse vicio y el crimen, crimen, y que los principios morales del país siguen siendo los mismos, firmes, invariables, y tienen la misma vigencia de antaño.

—Pero supongamos —oigo que me dice una voz— que vuestros firmes principios (es decir, los del cristianismo) sean siempre los mismos y que, en verdad, haya que ser ante todo un ciudadano, mantener bien alta la bandera y todo lo demás, como usted dice; admitamos todo eso sin discusión. Pero, dígame, ¿de dónde vamos a sacar nosotros esos ciudadanos? ¡Acuérdese de lo que sucedía todavía ayer! Los derechos civiles (¡y qué derechos!) han caído sobre el ruso de a pie como un alud. Lo han aplastado, y no son para él más que una carga, una carga.

—No cabe duda de que esa apreciación contiene una buena dosis de verdad —respondo yo a esa voz, con cierto desánimo—, pero de todas formas el pueblo ruso...

—¿El pueblo ruso? ¡Por favor! —me interrumpe otra voz—. Acaban de decirnos que los derechos le han caído encima como un alud y lo han aplastado. Tal vez no sólo considere que ha recibido ese poder como un don, sino también que lo ha recibido de balde, es decir, que todavía no lo merece. Con eso no quiero decir que realmente no lo merezca, o que sea *innecesario* o *prematureo* concedérselo; al contrario: es el pueblo mismo, en su humilde conciencia, el que reconoce que es indigno de semejantes dones, y esa humilde y al tiempo elevada conciencia de su indignidad es precisamente la prueba de que los merece. Pero por el momento el pueblo, en su humildad, se siente confuso. ¿Quién ha podido escudriñar los repliegues más secretos de su corazón? ¿Acaso puede decir alguno de nosotros que conoce a fondo al pueblo ruso? No, no se trata sólo de sensiblería y buen corazón, como dice usted en tono de burla. ¡Lo que pasa es que ese poder es temible!

Nos asusta ese terrible poder de disponer del destino de un hombre, del destino de nuestros hermanos de sangre, y, en tanto nuestra conciencia ciudadana va desarrollándose, nos mostramos clementes. Nos mostramos clementes por miedo. Ocupamos nuestro lugar en el jurado y tal vez pensamos: «¿Acaso somos mejores que el encausado? Tenemos dinero, carecemos de preocupaciones, pero si estuviéramos en la misma situación que él, tal vez actuaríamos aún peor, así que debemos mostrarnos clementes». De suerte que tal vez esa clemencia que brota del corazón sea una buena señal. Tal vez constituya una garantía de que en el futuro surgirá una forma tan sublime de cristianismo como el mundo no ha visto igual.

«Parece una voz esclavófila», me digo. Es una idea realmente tranquilizadora, y la conjetura de la humildad del pueblo ante un poder recibido de balde y entregado a quien aún es «indigno» de él, es mucho más correcta que la hipótesis de que quiere «fastidiar al fiscal», aunque el realismo de esa última sugerencia sigue gustándome (aceptándola, naturalmente, más como caso individual, como de hecho hace el autor). Pero... Hay una cosa que no deja de inquietarme: ¿por qué nuestro pueblo de pronto ha empezado a tenerle tanto miedo al sufrimiento? «Es muy doloroso –dicen– condenar a un hombre.» «Bueno, pues guárdese su dolor. La verdad está por encima de su dolor.»

En realidad, si nos ponemos a considerar que nosotros mismos, a veces, somos peores que el criminal, reconocemos implícitamente que tenemos la mitad de la culpa de su crimen. Si ha transgredido la ley que su país le ha dictado, somos nosotros quienes tenemos la culpa de que comparezca ahora ante nosotros. Si todos nosotros fuéramos mejores, también él lo sería, y no comparecería ahora ante nosotros...

–Entonces, ¿debemos absolverlo?

–No, al contrario: precisamente ahora debemos decir la verdad y llamar a las cosas por su nombre; a cambio, debemos asumir la mitad de la carga de la sentencia. Deberíamos entrar en la sala de audiencias con el pensamiento de que también nosotros somos culpables. Ese dolor del corazón que en la actualidad tanto temen todos y con el que abandonamos el tribunal será nuestro castigo. Si ese dolor es verdadero e intenso, nos purificará y nos hará mejores. Y haciéndonos mejores,

corregimos el medio y lo mejoramos. Pues sólo de ese modo puede corregirse. Pero cuando alguien trata de huir de su propio dolor y absuelve a cualquiera con tal de no sufrir, se está amoldando a lo más fácil. Pues de ese modo se llega poco a poco a la conclusión de que el delito no existe, de que todo es «culpa del medio». Y, siguiendo el razonamiento, acabaríamos pensando que el crimen es incluso un deber, una noble protesta contra el «medio». «Ya que la sociedad está tan mal organizada, es imposible acomodarse a ella sin protestar ni delinquir.» «Ya que la sociedad está tan mal organizada, no hay otra manera de abrirse camino que con un cuchillo en la mano.» Eso es lo que enseña la doctrina del medio, en oposición al cristianismo que, aun reconociendo plenamente la presión del medio y predicando la misericordia para con el pecador, considera un deber moral del hombre luchar con el medio y establece el límite donde termina el medio y empieza el deber.

Al hacer responsable al individuo, el cristianismo reconoce al mismo tiempo su libertad. En cambio, al hacer al hombre dependiente de cualquier error de la estructura social, la doctrina del medio le dota de una impersonalidad total, lo exime completamente de cualquier deber moral de índole personal, de todo libre albedrío, y lo reduce al grado más bajo de esclavitud que pueda imaginarse. En esa tesitura, si un hombre quiere fumar y no tiene dinero, no tiene más que matar a otra persona para procurarse un cigarrillo. ¡No faltaba más! Un hombre evolucionado, que siente de forma más intensa que uno no evolucionado el sufrimiento de necesidades no satisfechas, requiere dinero para satisfacerlas, así que ¿por qué no matar al no evolucionado, si no hay otro modo de procurarse dinero? ¿No ha oído usted las razones de los abogados defensores?: «Ciertamente que se ha quebrantado la ley; cierto que el acusado ha cometido un delito al matar a un hombre no evolucionado, pero tengan en consideración, señores del jurado, que...», etc. Pues razones semejantes, por no decir idénticas, se han aducido ya...

—Bueno —me dice una voz maliciosa—, después de todo parece usted atribuir al pueblo esa novísima filosofía del medio, pero ¿cómo ha podido adquirirla? A veces los doce miembros del jurado son mujiks, y

todos ellos consideran un pecado mortal comer carne durante la cuaresma. Debería acusarles abiertamente de tener ideas sociales tendenciosas.

«Claro, claro, ¿qué les importa el “medio” a los campesinos? –me digo–. Pero esas ideas están en el aire y son persuasivas...»

–¡Lo que hay que oír! –dice la voz maliciosa, riéndose a carcajadas.

–¿Y si nuestro pueblo fuera particularmente sensible a la doctrina del medio por su propia naturaleza o, pongamos, por sus inclinaciones eslavas? ¿Y si fuera el terreno más fértil de Europa para la propagación de ciertas teorías?

La voz maliciosa estalla en carcajadas aún más estentóreas, pero su risa suena algo forzada.

No, creo que en el caso del pueblo debemos seguir hablando solamente de ocurrencia, no de «filosofía del medio». Se trata de un error, de un engaño, y de un engaño muy seductor.

Ese engaño puede explicarse del siguiente modo, al menos a modo de ejemplo.

Es verdad que el pueblo llama «desdichados» a los condenados, les da monedas y pan. ¿Qué pretende expresar con semejante conducta, que acaso tenga varios siglos de existencia? ¿La justicia cristiana o la justicia del «medio»? Ahí es donde está el escollo, ahí es donde se oculta el resorte que podrían mover con éxito los propagandistas de la teoría del «medio».

Hay ideas no expresadas e inconscientes, pero que se sienten con intensidad; muchas de esas ideas están como fundidas con el alma del pueblo. Son comunes a todo el pueblo, así como a toda la humanidad, tomada en su conjunto. Mientras esas ideas persistan, aunque sea de manera inconsciente, en la vida del pueblo, mientras se perciban con fuerza y fidelidad, gozará el pueblo de una vida vigorosa y activa. Toda la energía de la vida del pueblo se concentrará en la aspiración a sacar a la luz esas ideas latentes. Cuanto mayor sea la firmeza del pueblo en conservarlas y menor su tendencia a traicionar sus instintos, menos propenderá a plegarse a toda suerte de interpretaciones falaces de esas ideas y mayor será su firmeza, su fuerza y su felicidad. Entre esas ideas

latentes en el pueblo ruso —entre esas ideas del pueblo ruso— se encuentra la de llamar al crimen desdicha y al criminal desdichado.

Es una idea típicamente rusa. No se observa en ningún otro pueblo europeo. En Occidente sólo la proclaman algunos filósofos y comentaristas. Nuestro pueblo la hizo suya mucho antes que sus filósofos y comentaristas. Pero de ahí no se deduce que el pueblo no se haya dejado llevar, al menos temporal o superficialmente, por la interpretación falsa que algún comentarista haya dado a esa idea. El sentido definitivo y la última palabra seguirán estando, sin ninguna duda, de su lado, pero *a corto plazo* puede no ser así.

En suma, al emplear la palabra «desdichados», es como si el pueblo estuviera diciendo a los «desdichados»: «Habéis pecado y sufrís, pero también nosotros somos pecadores. De haber estado en vuestro lugar, acaso nos habríamos comportado peor. Si fuéramos mejores, tal vez no estaríais en un penal. En castigo por vuestros crímenes lleváis también la carga de la injusticia general. Rezad por nosotros y nosotros rezaremos por vosotros. Y entre tanto, desdichados, aceptad nuestra limosna; os la ofrecemos para que sepáis que os recordamos y que no hemos roto nuestros vínculos fraternales con vosotros».

Convenid conmigo en que no hay nada más fácil que aplicar la doctrina del «medio» a esa concepción: «La sociedad es mala, así que también nosotros somos malos; pero somos ricos, vivimos sin preocupaciones; sólo por casualidad hemos esquivado las circunstancias que vosotros habéis tenido que afrontar. De habernos visto en la misma tesitura, habríamos actuado como vosotros. ¿Quién tiene la culpa? El medio. En suma, no hay más que una mala organización social; el crimen no existe en absoluto».

A ese sofisma se reduce la ocurrencia de que he hablado antes.

No, el pueblo no niega el crimen y sabe que el criminal es culpable. El pueblo también sabe que comparte la culpa de cualquier criminal. Pero, al acusarse, demuestra que no cree en el «medio»; cree, por el contrario, que el medio depende completamente de él, de su arrepentimiento incesante y de su afán de perfección. Energía, trabajo y lucha: ésas son las armas para mejorar el medio. Sólo mediante el trabajo y la lucha se alcanza la independencia y el sentimiento de la

dignidad personal. «Si llegamos a ese punto, seremos mejores, y también lo será el medio.» Eso es lo que el pueblo ruso siente con tanta fuerza, aunque no lo exprese, en su idea oculta del criminal como desdichado.

Imaginad ahora lo que sucedería si el criminal, al oír que el pueblo lo llama «desdichado», se viera sólo como tal, y no como un criminal. En ese caso el pueblo rechazaría esa interpretación falsa y la tildaría de traición a la verdad y la fe del pueblo.

Podría dar algunos ejemplos, pero dejémoslo por el momento y digamos lo que sigue.

El criminal y el individuo que planea cometer un crimen son dos personas distintas, aunque pertenecen a la misma categoría. ¿Qué sucedería si, al preparar conscientemente un crimen, el criminal se dijera: «¡El crimen no existe!»? ¿Seguiría el pueblo llamándolo «desdichado»?

Es posible; de hecho, estoy totalmente convencido. El pueblo es compasivo y no hay nadie más desdichado que un criminal que ha dejado de considerarse tal: es un animal, una bestia. ¿Qué importa que no comprenda que es una bestia y que haya ahogado la voz de su conciencia? Sólo es dos veces más desdichado. Dos veces más desdichado y también dos veces más criminal. El pueblo se compadecerá de él, pero no renunciará a su justicia. ¡Cuando el pueblo llama «desdichado» a un criminal, nunca deja de considerarlo un criminal! La peor desgracia que podría acaecernos es que el pueblo estuviera de acuerdo con el criminal y le respondiera: «¡No, no eres culpable, porque el crimen no existe!».

Ésa es nuestra fe, nuestra fe común, me gustaría poder decir; la fe de todos los que esperan y confían. Quisiera añadir dos cosas.

He pasado una temporada en un penal y he visto criminales, criminales «recalcitrantes». Repito que fue una larga escuela. Ninguno de ellos había dejado de considerarse un criminal. En apariencia era gente terrible y cruel. Sólo los estúpidos y los recién llegados «se pavoneaban», mientras los demás se burlaban de ellos. La mayoría eran hombres sombríos y reservados. Nadie hablaba de sus crímenes. Jamás escuché una protesta. Ni siquiera era posible hablar en voz alta de esos crímenes. A veces alguien pronunciaba una palabra desafiante o una

fanfarronada y entonces «todo el penal», como un solo hombre, le bajaba los humos al bravucón. De *eso* no se permitía hablar. Pero estoy convencido de que ninguno de ellos había escapado a un largo sufrimiento interior, el más purificador y reconfortante. Los vi sumidos en sus pensamientos, los vi orando en la iglesia antes de la confesión; presté oídos a sus palabras y exclamaciones aisladas e inesperadas; recuerdo sus rostros. Y podéis creerme: ¡en el fondo de su alma ni uno solo se consideraba inocente!

No me gustaría que las palabras que voy a pronunciar se tomaran como una muestra de crueldad. Pero, en cualquier caso, asumiré el riesgo y lo diré sin rodeos: mediante un castigo severo, el penal y los trabajos forzados se puede salvar a la mitad de ellos. El castigo no agobia, sino que alivia. La purificación personal a través del sufrimiento es menos penosa, os lo digo yo, que la suerte que les espera a muchos de los que los tribunales absuelven un día tras otro. Con esa conducta lo único que se consigue es arraigar el cinismo en sus corazones, dejarlos con una duda que se convierte en tentación, incitarlos a que os desprecien. ¿No lo creéis? ¡Os desprecian a vosotros, desprecian vuestros tribunales y el sistema judicial de todo el país! Habéis inculcado en sus corazones el desdén a la verdad del pueblo y a la verdad de Dios; los habéis confundido... El criminal abandona la sala y piensa: «Así son las cosas ahora: nada de severidad. Por lo visto, se han vuelto más juiciosos. O tal vez tengan miedo. De modo que puedo hacer lo mismo otra vez. Está claro: ¿cómo no iba a robar, encontrándome en tal estado de necesidad?».

¿O acaso os figuráis que al declararlos inocentes a todos o considerarlos «dignos de toda clemencia» les estáis dando una posibilidad de regenerarse? ¡Ya veréis cómo se regeneran! ¿Qué necesidad tienen? «Así pues, no soy culpable de nada», eso es lo que se dirá, a modo de *conclusión final*. Sois vosotros quienes le habéis inculcado esa idea. Lo más importante es que su fe en la ley y en la justicia del pueblo se ha resquebrajado.

No hace mucho pasé varios años seguidos en el extranjero. Cuando abandoné Rusia, acababa de implantarse el nuevo sistema judicial. Con qué impaciencia leía entonces en nuestros periódicos todo lo concer-